

darios del príncipe no desconfían de ella, y se ajitan mas furiosos que nunca contra mí.

—Obedeceré á V. E. y Dios quiera iluminarme para lograr el éxito.

—Ten fé, y lograrás lo que desees; la tormenta se acerca, y nadie seria capaz ya de apartarla de mi frente. Hágase la voluntad de Dios.

El confesor de la reina inclinó la cabeza y quedó en una profunda meditacion.

El poder y la gloria en que habia vivido por tantos años se desvanecían ante sus ojos como el humo.

La desgracia, la persecucion y la muerte, se presentaron á su imaginacion.

Valenzuela respetó su dolor y salió procurando no hacer ruido.

XVI.

De como se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.

ON Fernando vaciló interiormente un poco, pero al fin decidióse, y procuró encontrar ocasion de hablar á D^a Inés, cosa que no fué muy difícil.

El príncipe avanzaba hácia Madrid, la ajitacion crecia en la corte, y en aquellos momentos de crisis, aun los que no se conocen se hablan, se platican, y se preguntan recíprocamente.

Valenzuela comenzó por saludar á D^a Inés, y contra lo que él esperaba, la jóven estuvo de lo mas amable.

—Señora—dijo D. Fernando resolviéndose como á dar una batalla—temia vuestra justa indignacion y por eso no me atrevia á hablaros.

—¿Por qué, D. Fernando? sois acaso culpable?

—Mucho, señora.

—¡Oh! no lo creais, culpable yo, que pensé en vuestro amor, culpable yo que quise poseer un corazon que ya era de otra, yo que creí en vuestros juramentos, sin comprender que me estábais engañando.

—D^a Inés, os juro que no os engañaba.

—Lo creo, D. Fernando, en aquel momento no me engañábais, os engañábais á vos mismo, os parecí hermosa, y tomásteis por amor lo que solo era una ilusion, y.... me hicísteis muy desgraciada.

—¡Es imposible!

—Sí, os amaba, y no sé si deciros que aún os amo; vos desde aquel momento, pudísteis haberme amado, quizá hubiera yo sido vuestra esposa.... sí lo creo.... y cuando recuerdo eso siento aún el odio mas profundo por la persona que os arrebató á mi cariño.

—Pensad, señora, que es mi esposa.

—No, contra ella no, pobre D^a Eujenia, tan bondadosa, sino fuera vuestra mujer la amaria yo, pero no, no contra ella, ella ignora aún que yo os amo y que vos me hablásteis de amor; no, D. Fernando, el que ha causado mi desgracia, es otro, otro que ya no existe, otro que como mi ángel malo, se interpuso entre nosotros dos, y se empeñó en separarnos, y lo consiguió....

—¡Pero quién fué ese....?

—D. José de Mallades—dijo con reconcentrado furor D^a Inés.

—¡D. José de Mallades!

Un velo se descorrió en aquel momento ante los ojos de Valenzuela, creyó adivinar la causa de la denuncia de D. José, creyó comprender toda aquella sombría historia.

El era, aunque inocente, el verdadero matador de su amigo.

—Pero eso que habeis hecho es horrible.... dijo á Inés sin reflexionar que nada le habia hablado ella de su venganza.

—¡Qué es lo que he hecho?—preguntó con estrañeza la jóven.

D. Fernando conoció que habia cometido una imprudencia y quiso remediarla.

—Eso, señora.... haberos apasionado de un hombre como yo que no merecia vuestro amor, que era indigno de vos....

D^a Inés, como dudando de la ingenuidad de aquella respuesta, fijó en Valenzuela una mirada profundamente indagadora.

D. Fernando estaba ya prevenido, y sostuvo aquella mirada, con toda la tranquilidad de la inocencia.

—¡Y quién os ha dicho—contestó D^a Inés—que el corazon puede elegir el objeto de su amor? ¿quién os ha dicho que vos sois indigno del mio? Os amé sin saber por qué, os amo aún á pesar de todo, y cuanto mayores son los obstáculos que nos separan, mayor es mi pasion; por eso no puedo conservar un rencor, por eso no puedo ni aún ocultaros este amor que me martiriza, ¡ah vos no podeis ni siquiera comprender todo lo que he hecho ya por esta pasion! por vos estoy en la corte, por vos he llegado á colocarme al lado de la reina, por vos me siento capaz de ser muy buena ó muy criminal.

—¡D^a Inés!—esclamó Valenzuela admirado de la escitacion de la jóven y comprendiendo cuanto habia de verdad en lo que ella decia.

—Sí, pero oidme, oidme todo lo que tengo que deciros: este amor podeis comprender cuanto me hace sufrir, si pensais nada mas en que me atrevo á hablaros así; el último sacrificio de una mujer es el de su decoro y de su orgullo, pues bien, cuando yo hablo así á un hombre que me

ha despreciado, que me ha burlado sin ser provocada para hacerle esta confesion, es, no lo dudeis, porque este amor me enloquece, porque estoy decidida á todo, D. Fernando, ¿no me habeis amado nunca? ¿no os creeis capaz de amarme? habladme la verdad, la verdad, ¿si me engañáseis de nuevo... os aborreceria quizá. . . .

—Pero, D^a Inés, tengo sobre la tierra sagrados compromisos.

—Y yo tambien, es cierto que no soy casada, pero ¿os parece poco el honor de una dama? ¿el nombre de mi padre y de mi familia? Si me amais, D. Fernando, huiremos de aquí muy lejos; mirad, yo no exijo de vos ningun sacrificio, no, yo sola me sacrificaré, no os pido mas si no que partais sin llevar á D^a Eujenia. S. M. la reina me distingue sobre manera, fácil me seria, os lo aseguro, conseguiros un gran empleo en México, en el Perú, en Filipinas, y yo me iria á seguiros, y seria vuestra; os sacrifico mi honor... todo, pero amadme y no lleveis á D^a Eujenia. . . . ¿os parece bien?

D^a Inés era hermosa y en aquel rapto de pasion estaba encantadora.

Valenzuela era jóven y era poeta; además, un amor como el de D^a Inés, por fuerza tenia que ser peligroso.

—D^a Inés—dijo D. Fernando—¿tanto así me amais?

—No necesitais que ya os lo diga, bien lo comprendereis: decidme, decidme, ¿quereis que pida un empleo para vos á S. M.? ¿quereis partir conmigo lejos de España?

—Señora—contestó Valenzuela pudiendo apenas resistir á la fascinacion que le causaba aquella mujer, y deseando aún luchar—me liga á la corte otro vínculo aún mas noble.

—¿Cuál?

—La gratitud.

—¿La gratitud! ¿y para quién? ¿quién será capaz de haber hecho por vos lo que he hecho yo?

—Señora, se trata de un hombre, de un hombre que me ha querido como á su hijo, de un hombre que está próximo á sentir sobre su cabeza la desgracia mas espantosa.

—¿Y quién es ese hombre?

—El padre Nitardo—contestó Valenzuela creyendo que esta respuesta haria cambiar el jiro de la conversacion.

—¿El padre Nitardo?—repitió D^a Inés—bien, pero el padre Nitardo está ya al borde de un abismo y no tardará en hundirse para siempre.

—Por lo mismo, D^a Inés, vos que tan altos sentimientos poseeis, ¿me aconsejaríais abandonarle en estos momentos?

—No, pero es que la caida del padre no está muy remota.

—S. M. no le abandonará.

—Aun cuando eso sea, oidme; el príncipe avanza rápidamente sobre Madrid.

—Es cierto, pero no trae consigo mas que trescientos jinetes.

—¿Y quién quereis que apoye al padre Nitardo? el pueblo y la nobleza están por el príncipe, el consejo de S. M. le apoyará tambien, el clero, aconsejado por el cardenal Borromeo, nuncio de Su Santidad, y que aborrece al favorito, se aparta de su causa, y la misma compañía de Jesus le niega su apoyo, porque el padre Nitardo, perteneciendo á esa compañía, no ha obsequiado muchas veces las órdenes de sus superiores.

—Y bien, señora?

—El príncipe avanza sobre Madrid, y todo el mundo sin

distincion acudirá á la reina pidiéndole el destierro de su confesor; S. M. sin tener á donde volver los ojos aceptará, y en tal caso ya nada os ligará en la corte, por el contrario, porque entonces ya nada os valdrá vuestra esposa. D. Fernando, os ofrezco una felicidad y un amor sin límites, ¿creeis que alguna mujer pueda amaros como os amo yo? ¿creeis que alguna mujer pueda haceros gozar como yo?

—Señora—esclamó Valenzuela—¡por piedad! casi me es imposible resistir.

—Y no resistirás—esclamó D^a Inés arrojándose á su cuello, y separándose violentamente luego—D. Fernando, preparaos para ser muy feliz en la nueva España.

Valenzuela quiso contestar pero D^a Inés habia ya desaparecido.

—El caso es de los mas comprometidos—pensó Valenzuela—esta mujer será capaz de hacerme sucumbir, porque hay desgraciadamente la circunstancia de que es una dama de todo mi gusto..... en fin, ya veremos, por ahora se ha obtenido la ventaja de saber cuanto se prepara contra el padre Nitardo; creo que ha dicho bien S. E.: esta tempestad no la conjura.

Y D. Fernando se encaminó en busca del Reverendísimo padre para darle cuenta de sus descubrimientos, decidido por supuesto á ocultarle el resto de su conversacion con D^a Inés.

XVII.

De como salió desterrado de España el E. S. Juan Everardo de Nitardo, de la compañía de Jesus, Inquisidor general de los reinos y señoríos de S. M., Consejero de Estado de la junta de gobierno, confesor de la Reina Doña María Ana de Austria, &c., &c.

EL príncipe D. Juan seguia avanzando con sus tres compañías y como si viniese al frente de un poderoso ejército, la consternacion se habia apoderado de todos los ánimos en Madrid.

Los partidarios de D. Juan cobraban nuevos bríos, á medida que decaia mas el ánimo de los del confesor de la reina; los indiferentes se hacian en aquellos momentos defensores del príncipe, y la reina no sabia en tales circunstancias mas que lamentar la suerte que aguardaba al padre Nitardo.

Por aquella época, el cardenal Borromeo era en España el nuncio de S. S., y en aquel trance la reina y su confesor pensaron ocurrir á su intercesion para con el príncipe, y encargarle llevase á éste una carta del Papa en que le recomendaba que tuviese toda clase de obediencia y miramientos para con la reina.

D^a Inés se apercibió de esto, y mandó en el momento llamar á su padre el marqués de Rio-florido.

—Acabo de descubrir—le dijo—que se trata de enviar al nuncio de Su Santidad, para calmar al príncipe y comprometerlo á que se retire á Guadalajara dando un plazo á S. M. para pensar detenidamente acerca de la separacion del padre confesor: lleva una carta de Su Santidad, si se pierden estos momentos, despues será ya imposible conseguir nada.

—Pero eso casi no tiene remedio—dijo el marqués.

—Lo tiene; el nuncio no profesa gran cariño al padre Nitardo; si él en vez de traer noticias favorables, las trae adversas, el padre se retirará; yo misma le he visto á los piés de S. M. pidiéndole con lágrimas que le permita separarse, que no lo esponga á la cólera del príncipe: no hay, pues, mas dificultad que inclinar el ánimo de S. M.: un impulso mas y el favorito rodará.

—Tienes razon, voy en este momento á procurar que se incline el ánimo del cardenal, supuesto que de él depende todo.

—No perdais un momento, señor, porque pronto debe salir.

El marqués fué en busca de sus amigos, y D^a Inés volvió á observar lo que pasaba por las habitaciones de S. M.

D^a Eujenia no se apartaba del lado de la reina, y D. Fernando esperaba en la antesala al padre Nitardo: allí le encontró D^a Inés.

—Valenzuela—le dijo al pasar—pronto estareis libre de un compromiso, pensad en el otro que habeis contraido conmigo.

D. Fernando no encontró ni qué contestar; aquella muger habia acabado por fascinarlo, como una serpiente á un colibrí.

El cardenal partió llevando la carta del Papa, y la corte quedó en la mayor ansiedad.

La noche se acercaba, pero el campo del príncipe no estaba mas que á cuatro leguas de Madrid, y el nuncio debia volver en la misma noche.

D. Juan de Austria tenia ya una verdadera corte; los amigos mas íntimos desertaban del lado de la reina y del favorito, y se acercaban á recibir la luz del astro nuevo.

Para la nobleza, D. Juan iba á ser muy pronto el verdadero rejente del reino.

De él esperaban ya sacar mas ventajas y comenzaban á adularlo.

Para el pueblo no era aquello mas que el cambio de una decoracion en un teatro: iban á cambiar de amo.

Estaban gobernados por la estola y el bonete.

El nuevo dueño tenia broquel y espada.

Era el paso de la sacristía al vivac de la teocracia al cesarismo.

Pero para los primeros todo era igual; cuando mas cambiarian las costumbres de palacio, y esto era simplemente una novedad y una diversion.

Las guerras entre los favoritos son como los eclipses de sol para los pueblos oprimidos.

Un momento de penumbra:

Sueñan en un nuevo sol, y sigue el mismo; un instante despues como si nada hubiera pasado.

Entonces era la lucha de dos personas, en que no se interesaba ningun principio.

Hoy los principios luchan, y las personas no pesan en esa balanza sino como los porta-estandartes, y el día que arrojan su bandera pesan menos que el viento.

D. Juan de Austria estaba rodeado de nobles y caballeros: el camino de Madrid presentaba una verdadera lección.

Casi todos caminaban para el campamento del príncipe. Nadie volvía á la corte sino enviado por él.

En medio de aquel concurso se presentó repentinamente el cardenal Borromeo; todo el mundo comprendió que llevaba alguna importante misión de la reina, y el príncipe y su secretario se apartaron con él y se encerraron en una estancia.

Las horas pasaban; en la corte nadie se había acostado; con febril impaciencia se aguardaba la vuelta del cardenal, y la reina, rodeada de algunas de sus damas, estaba silenciosa y sombría.

El padre Nitardo se paseaba en una estancia inmediata, sin más compañía que D. Fernando de Valenzuela que lo contemplaba melancólicamente.

Parecía que la corte entera estaba velando la última noche á la cabecera de un moribundo.

Se sentía ya el estertor de la muerte; se espiaba, por decirlo así el último suspiro de un hombre.

Y aquel hombre que iba casi á morir, era el padre Nitardo; la monarquía española estaba como pendiente del agonizante poder de un válido.

Porque aquello era un capricho Real en lucha con la voluntad de una nación, ó mejor dicho, de un príncipe poderoso y de una nobleza.

La España de hoy, en aquellas circunstancias, hubiera hecho con D.^a María Ana de Austria y con el padre Nitardo lo que hoy hizo con Isabel II y con Marfori.

Porque ya los pueblos conocen su poder, y saben que son pueblos. Entonces, y la culpa no era suya, la teoría del

derecho divino cubría no solo los caprichos, sino hasta los crímenes.

Los pueblos eran rebaños que Dios había dado á los reyes para esquilmarlos y sacrificarlos.

Ya comenzaba á amanecer cuando el cardenal Borromeo se presentó en Madrid de vuelta de su comisión, y se encerró con S. M. y con el padre Nitardo.

La respuesta que él estaba dando á la reina y al confesor, secretamente y en nombre del príncipe, volaba ya de boca en boca, y se trasmitía de palacio á la ciudad.

Alguno habría podido notar que el cardenal hablaba en voz baja al subir las escaleras con el marqués de Rioflorido.

Y luego las primeras personas que supieron lo que D. Juan de Austria decía, lo oyeron de la boca de D.^a Inés de Medina.

El príncipe no se había querido docilitar ni con la carta del papa, ni con los razonamientos del nuncio; su respuesta era ya una amenaza:—"Decid á la reina," había dicho, "que si el padre Nitardo no sale por la puerta inmediatamente, mañana iré yo mismo á arrojarle por la ventana."

Esto era lo que el cardenal había repetido á la reina. El padre Nitardo se retiró á su aposento, en el colegio de los jesuitas, y la reina quedó entregada verdaderamente á la desesperación.

Entre tanto, D.^a Inés había puesto al tanto de lo que pasaba en palacio, á todos los partidarios del príncipe, y una inmensa multitud se apiñaba en la plaza y penetraba aun á los patios y corredores, pidiendo á gritos la destitución del favorito.

El Consejo se había reunido; los ministros estaban verda-

deramente alarmados, y por fin, tomaron una resolución estrema.

D. Blasco de Loyola, pálido y conmovido, atravesó por en medio de aquella multitud llevando un papel en la mano, y se entró en la cámara de la reina.

Todos entraron entonces; aquel hombre parecía llevar en su mano el término de aquella situación: á nadie había dicho una palabra, pero todos lo adivinaban.

La reina estaba sombría, y recibió á D. Blasco casi sin contestar á su saludo.

—¿Qué quieres? preguntó.

—Señora—dijo vacilando D. Blasco—un decreto del Consejo para la firma de V. M.

—¿De qué trata?

—Es señora.... una orden....—D. Blasco apenas se se atrevía á hablar—para que salga de Madrid dentro de tres horas el confesor de V. M.

—Dámela.

La reina tomó el decreto, leyóle con gran serenidad y firmó.

—Ahora escribe—dijo á D. Blasco presentándole un papel.

Loyola se dispuso á escribir y la reina dictó:

“El padre Juan E. Nitardo de la compañía de Jesus, mi confesor, Ministro de Estado é Inquisidor jeneral, me ha suplicado le permita retirarse de estos reinos, y aunque esté yo tan satisfecha, cual no puedo estar mas, no solo de su virtud y demas prendas en él muy apreciables, sino del celo y aplicacion, con que ha trabajado en servicio de esta corona; no obstante, habiendo considerado y atendido á sus instancias y ruegos, y por otras justas razones, he ve-

nido en concederle la licencia que pide, para que se vaya donde gustare y fuere servido. Y como es mi ánimo se ejecute esto en el modo que piden su dignidad y méritos, he discurrido ser muy del caso elija la calidad de embajador extraordinario en Alemania ó en Roma, reteniendo todos sus empleos con los honores á ellos afectos.

Dada en Madrid á 25 de Febrero de 1669.”

D^a María Ana de Austria tomo una pluma y puso al calce, *Yo la reina*, y luego señaló á D. Blasco la puerta.

D. Blasco salió inclinándose humildemente y se dirigió al consejo á dar parte de su comision.

Apenas Loyola habia desaparecido, la reina no pudo contenerse ya mas, y en medio de sollozos, provenidos mas bien de su orgullo herido y de la gran contradiccion que experimentaba, exclamó:

—¡Ay! ¡ay! ¿de qué me sirve ser reina y ser rejenta?

XVIII.

En el que termina la materia de que se trata en el anterior.

OMISIONO el Consejo al cardenal de Aragon, y al conde de Peñaranda para comunicar al padre Nitardo la orden de destierro.

Dirijiéronse ambos para el colejio de los jesuitas y llamaron á la celda del padre.

Abrióse esta y los dos consejeros se encontraron frente á frente con el que habia sido su enemigo y á quien miraban en aquellos momentos sumido en el mayor infortunio.

Pero aquellos eran tres corazones grandes, y ni los unos sintieron el menor movimiento de alegría, ni el otro el mas lijero soplo de rencor.

A la vista de aquel aposento desnudo y pobre, que revelaba la probidad del gran valido, contemplando aquella frente serena en donde casi se veian cruzar los pensamientos, el cardenal de Aragon y el marqués de Peñaranda sintieron un involuntario respeto.

Como la reina no le habia despojado de sus honores, le dieron aún el tratamiento.

—Sentimos demasiado—dijo el de Peñaranda—ser portadores de tan funestas nuevas para V. E.

—¿Qué hay, pues?

—Lea V. E. este decreto.

El padre tomó el papel y leyó la orden de su destierro con tanta serenidad que ni una sola línea se contrajo en su rostro.

—Su Majestad—agregó el cardenal—no hace esto sino con muy gran sentimiento, y obligada por la necesidad, y para evitar que el pueblo irritado cometa un crimen con V. E.

—Hágase la voluntad de Dios y la de S. M.—contestó el padre—los bienes de la vida caducos son y perecederos, y solo el impío puede apegarse á ellos; pronto estoy á partir.

—Si V. E. no lo toma á mal—dijo el cardenal de Aragon—y mas bien como prueba de mi cariño y respeto, me atrevo á ofrecer á V. E. mil doblones para gastos de su viaje.

—Y yo con la misma salvedad—agregó el de Peñaranda—una letra de cambio de 30,000 escudos.

Al escuchar aquellos jenerosos ofrecimientos, los ojos del padre se llenaron de lágrimas, y tendiendo sus manos á los que habiendo sido sus enemigos le trataban como un hermano en aquellas terribles circunstancias, exclamó:

—Oh! gracias, gracias; jamás olvidaré que España es la patria de corazones tan grandes: pobre religioso he venido á Madrid, y pobre religioso quiero salir: esta noche partiré.

—Estaremos aquí para acompañar á V. E.—dijo el de Peñaranda.

Y los dos, conmovidos profundamente, salieron de la estancia.

Aquella noche el cardenal volvió en su carroza al colejio acompañado del marqués.

El padre Nitardo les esperaba ya.

—Vamos—dijo alegremente al verles.

—¿Y los equipajes de V. E.? preguntó el de Peñaranda.

—Mi breviario y mi manteo—contestó sonriéndose el ministro—*omnia meam mecum porto*.

Todas las calles estaban llenas de gente que esperaba la salida del confesor.

Apenas lograron alcanzarle á ver, cuando comenzaron á lanzar contra él terribles imprecaciones acompañadas de una verdadera lluvia de piedras.

Entonces los ministros de la Inquisición se agregaron á la comitiva y procuraron, en unión del marqués y el cardenal, defender al confesor de la reina.

Aquel hombre, que apenas hacia tres días era el árbitro de la monarquía; que veía á todos saludarle humildemente y temblar en su presencia, se miraba insultado y despreciado por los más viles de sus adulares, y no tenía ya segura ni la existencia misma.

Los gritos y las piedras seguían, y el padre con una sonrisa triste exclamaba:

—Ya me voy; ya me voy: adios, hijos míos.

Así atravesaron las calles, y así salieron de Madrid y se dirigieron á Fuencarral.

.....
La reina escuchaba desde su cámara los gritos y las injurias que le decían en la plaza.

Lloraba algunas veces, y otras se mostraba serena.

D^a Eujenia y D^a Inés la acompañaban en aquellas horas de tribulación.

D. Fernando de Valenzuela mudo y sombrío, esperaba lo en una de las antecámaras de la reina.

Palacio y la corte parecían vestir de luto por la partida del favorito.

De repente Valenzuela, que estaba profundamente distraído, oyó que le llamaban.

Alzó el rostro y se encontró con D^a Inés.

—¿D^a Inés!—esclamó.

—Sí, D. Fernando; yo misma que no olvido vuestras promesas; el padre Nitardo ha salido de la corte; nada os liga ya á Madrid, yo conseguiré para vos el empleo que os he prometido y partiremos los dos, pero solos, ¿lo oís?

—¿Señora!

—Acordaos de que así me lo habeis ofrecido.

—¿Y D^a Eujenia, mi esposa?

—Valenzuela, no digais eso delante de mí; sé que no podéis amarla: vuestro carácter impetuoso, vuestra imaginación viva, vuestro corazón ardiente no pueden de ninguna manera encenderse en una pasión por una mujer tan fría, con un corazón y un temperamento de hielo; vos necesitáis amar á una mujer entusiasta, fogosa, y la mujer que necesita vuestro amor soy yo, yo que os adoro con delirio: ¿es cierto, D. Fernando?

—Sí, D^a Inés—contestó Valenzuela sin poder resistir á la fascinación que aquella mujer ejercía sobre él.

—Bien, llegó el tiempo: yo conseguiré de la reina el empleo para vos, y la aconsejaré que no permita que D^a Eujenia se separe de ella, y lo alcanzaré.

—Haced lo que queráis, D^a Inés, y no dudo que lo conseguireis, como habeis conseguido que yo tenga por vos una pasión terrible que me abrasa, que me devora.

—¡Ah! ¡ah! así os quiero ver; qué hermoso estais así.

—Y vos, ¿qué encantadora!

—¡Yo os amo!

—¡Y yo os adoro!

—¡Adios!

—¡Adios!

D^a Inés se deslizó por una de las puertas, y D. Fernando se quedó pensando:

—Esta mujer ha llegado á conseguir que yo la adore. . . . aunque esto no me parece raro, porque me siento con un natural muy combustible. . . . ¡Pobre Eujenia!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO II.

EL DUENDE DE PALACIO.

I.

En el que se vé lo que hizo la Reina cuando se ausentó su confesor.



LEJOSE de España el padre Nitardo renunciando la embajada de Austria que le habia dado la reina.

D. Juan de Austria escribió á D^a María Ana, dándola el parabien por la salida del confesor y pidiéndole permiso para pasar á Madrid á besar su real mano.

La reina, que contra él estaba indignada, contestóle que se retirara cuando menos á doce leguas de distancia, con lo que los partidarios del príncipe que ya le suponian presidiendo el Consejo, quedaron por demas contrariados.

Con esto quedó la corte en la mayor tristeza: la reina no